

¿Hoguera de palabras en la globalización?

Aline Pettersson

Quizá hubo un tiempo en que el escritor podía sustraerse al tiempo de su mundo o al mundo de su tiempo. Sin embargo en la agonía de este milenio, no veo que esto sea ya posible, ni tampoco deseable. Antes, cuando las cosas permanecían si no estáticas —nunca lo han sido—, sí con cambios menos vertiginosos, y, sobre todo, con información llegada con bastante retraso, la gente percibía el tránsito de su propio tiempo, pero no percibía con la misma nitidez las alteraciones del mundo. Le era suficiente lidiar consigo misma y sus alrededores más cercanos.

Ahora es imposible sustraerse al bombardeo de la información y aducir que se vive en la luna. Pese a que aquello de la información es bastante menos claro de lo que pueda antojarse. Baste un ejemplo, hace unos meses participé en una entrevista colectiva que iba a ser filmada para la televisión. Esta reunión fue muy caótica, por lo que se editó (cuestión de tiempos televisivos, así como necesidad de limar las asperezas que ahí se suscitaron). Y tal y como se pasó el programa al aire, distaba mucho de dar cuenta cabal de lo que ahí sucedió. Así, el público que no estuvo presente, pese a oír algunas palabras en boca de los participantes, nunca llegó, ni de lejos, a saber qué fue lo que se dijo. Se vieron los rostros, se escucharon las voces, pero la realidad se quedó en otra parte. Para mí fue muy ilustrador haber vivido la experiencia, porque pude observar, de primera mano, de qué manera la información altera el discurrir cabal de los acontecimientos. Lo que se ve y oye no es lo que sucede. Y si esto fue así en el orden de lo literario, en los órdenes de la vida pública el asunto es mucho más grave.

Sin embargo, ahí están televisión, radio, prensa y, claro, las posibilidades inconmensurables de la red. Ahí están los datos, más amañados o menos, que nos llegan a través de las ondas invisibles que atraviesan los aires. Nos llegan y nos sitian, ya no hay —no puede haber torres de marfil para ocultar misantropía y egoísmo. Es imposible, ahora, pretextar ignorancia, aunque —de hecho— la verdad siga tan elusiva como siempre.

Es claro que motivaciones y pasiones persisten con su misma inalterable constancia. Tal vez nada ha cambiado desde que buscando una mejor

situación en el mundo, Caín matara a Abel y Creonte a Antígona. Por otro lado, el escritor —creo yo— seguirá dándole vueltas a la noria de sus obsesiones, porque ¿de qué se escribe que no tenga que ver con la condición humana? El carácter gregario del hombre lo lleva a asomarse al mundo exterior, y su incuestionable soledad, al otro, al que lo habita por debajo de la piel. Por eso, siempre habrá —en una gigantesca reducción— quien busque en mayor medida hacia afuera y quien lo haga hacia adentro. Pero, de cualquier forma, los adentros y los afueras suelen caminar juntos. Y Hamlet lo ilustra infinitamente mejor de lo que mis sencillas palabras puedan hacerlo.

Antes de haberse instalado en el universo de lo inmediato, la palabra escrita llegó a representar un peligro, y todos podemos traer a nuestra memoria hogueras a las que fueron condenados muchos libros. Cierto es que casi siempre llegó a salvarse algún ejemplar que mostrara, después, el temor de los censores. Y si bien la hoguera llegó a la Alemania nazi y a la China del siglo xx, me pregunto si puede seguir siendo así a tres años del nacimiento de centuria y milenio. No es, desde luego, que piense yo en un cambio cualitativo en el modo de ser del hombre, sino sólo en lo eficiente de la medida.

Ahora, ya que los lectores de libros parecen escasear alarmantemente, acaso pudiera pensarse que la transmisión de esa forma de conocimiento, va a ser resguardada de manera parecida a la que lo fuera con los amanuenses medievales: en el oscuro librero de una biblioteca. O en su equivalente: el disco de un ordenador.

Se me ocurre que es más realista apostar a la recreación de los mundos, los intereses, los tonos de una época, que a soñar que la escritura pueda alterar de manera importante los acontecimientos. Un buen libro es un filtro poderoso que decanta el espíritu de los tiempos, y que lo resguarda. Un buen libro permite reconstruir con una veracidad, que acaso otros medios no consiguen, no sólo las acciones de los personajes sino las acciones interiores que las dispararon. Y esto se sostiene, incluso, para los escritores que pretendan permanecer en resquebrajadas torres de marfil. Pese al deseo de lejanía con el mundo, éste se cuela de forma inevitable. Porque más allá de lo inmediato, la lectura ofrece perspectivas tan amplias que regalan una lectura paralela entre líneas. Siempre lo han hecho.

Es curioso que algunos papeles se hayan invertido, me refiero al periodismo. Hace un siglo, los periodistas escribían libros, con el cuaderno sobre las rodillas y el ojo alerta para esquivar el fuego de las balas. Acaso entonces quien lo hacía, llegaba a tener un dominio más que discreto de la pluma y los libros y los artículos incendiarios ocupaban —al margen de las batallas— su tiempo de actividad. Después, el proceso de diversificación

profesional llegó también hasta aquí, y se abrió una brecha. "O eres periodista o eres escritor".

Pasó el tiempo. Ahora el viaje suele ser a la inversa. El escritor —en el mundo— tiene cosas que decir, y quiere decirlas. Y quizá no sean los libros su mejor vehículo. Las noticias envejecen con bárbara rapidez y no se quiere permanecer en silencio. Tampoco hay tiempo para esperar el proceso de maduración que le hace falta a la novela. Así como no es fácil darle a los personajes la redondez —de la que habla Forster—, para que éstos (los personajes) no acaben como meros portavoces de las tesis del autor.

He escuchado opiniones de escritores (y he leído las listas de *best sellers*) como para saber que mi opinión no goza de mucha popularidad; pero así pienso, y voy a decirlo. Se habla de que en este tiempo del reino de la imagen, el escritor debe tener en cuenta la situación de su posible lector. Es decir, que ya que el hábito de leer ha dejado de ser un hábito, es el escritor quien debe conducir de la mano a quienes pretenda dirigirse. Debo confesar que estoy en contra de la lectura fácil, o más que fácil, facilona. El acto de escribir es una postura ante el mundo, que orilla a prescindir de una vida mucho más cómoda en más de un sentido. Sin embargo no se trata —al menos para mí— de una charla. Es una elección, un tono. Y si se está dispuesto a prescindir de muchas cosas, se debería a estar dispuesto a defender otras.

Claro que pienso que la búsqueda de una deliberada oscuridad en la escritura, sólo para impresionar al lector, habla de una visión infantil del acto creativo. No se trata de hacer una guerra, sino de buscar una complicidad. Y la claridad no está reñida con la buena factura, aunque, desde luego, hay libros que suelen ser más complicados y que requieren de un mayor compromiso de parte del lector; pero siempre y cuando sea su misma naturaleza la que así lo solicite. La gratuidad —por más que se disfrace con pedantería— es un acto donde se oculta un punto de vista banal, que, finalmente, acaba suscitando el rechazo.

En lo que sí creo es que los modos de una época se filtran de manera inevitable en quien la vive. Así, esas largas horas de lectura, esa forma para dejar transcurrir el tiempo libre no son hoy en día iguales a como lo fueron antes. Estamos inmersos en un proceso vital de ritmo acelerado que conspira contra la calidad de nuestra atención. Las descripciones morosas —a la manera de la novela del siglo pasado— no encuentran demasiado eco en quien las lee. Se perfila la necesidad de llegar pronto al meollo, aunque se ignore el detalle puntualísimo del mobiliario completo del sitio donde va a cometerse el adulterio, por ejemplo. El carácter del ser humano actual con sus matices de angustia agiliza la inercia del relato, y —me parece— el autor (acaso sin percatarse bien de ello) acaba respondiendo a su momento.

Tal vez otra característica de los tiempos sería la ruptura de géneros. Aunque, no puedo menos que pensar —de inmediato— en *El Quijote* y en Cervantes que así lo viera hace ya tantos siglos. Sin embargo, el movimiento pendular de las modas ha hecho que se escriban novelas donde sean otras las búsquedas.

Por lo que a mí toca, el tipo de libros que me seduce es aquel que rompe no sólo con la linealidad del tiempo, sino que apuesta a la inclusión y distribución de materiales misceláneos en la escritura. Ya no la novela total, pero sí el texto que se abre a registros varios. Como si se tratara de un supermercado con una gama amplia y heterogénea de mercaderías. El escritor —perdida su torre de marfil— tampoco cuenta con un ejército de lacayos que le resuelvan sus necesidades cotidianas. Escuché, por ejemplo, a Carlos Fuentes comentar que él cocina sus alimentos con frecuencia. No me imagino a Balzac haciéndolo nunca.

¿Qué sucede con el proceso de globalización que vivimos? Desde luego que es imposible eludirlo. Sin embargo, si bien es cierto que los personajes de una novela pueden —en cualquier sitio del mundo— dirimir sus pesares y alegrías bebiendo coca-cola, no lo es menos que lo que nos lleva a interesarnos por ellos no es la bebida, sino lo que se cuenta más allá de las “bondades” de ésta. Tan es así, que la publicidad para vender (no la historia sino la coca-cola) sugiere una pequeña historia. No se trata sólo de la imagen del producto, sino de la posibilidad de quien lo consume para expandir la imaginación y sentirse el personaje de la pantalla. Recuerdo que mi primer contacto con el mate fue en *Rayuela*, y pasó tiempo para que yo supiera de qué se hablaba. No es el mate, y sí la imagen de la Maga lo que conmueve. Y si ahora, Cortázar la pusiera bebiendo coca cola, tampoco sería eso lo relevante. Porque aquello que permanece es la exploración en los vericuetos de la condición humana y de eso habló Homero y lo seguimos escuchando.

Por último, se me ocurre pensar que la globalización acaba ciñéndonos con un corsé mucho más rígido que el de nuestras abuelas o bisabuelas. Se ha construido un código de lineamientos —que me recuerda la historia del baturro, su hijo y su burro—, porque de obedecerlo al pie de la letra, no puede complacerse a nadie. Así, Twain y Hemingway se han convertido en descastados en su país. Ya no son personajes relevantes de las letras, sino escritores que es preciso condenar por sus opiniones. Ahí tendría yo que incluir a Homero, porque su Odiseo es éticamente detestable.

¿Pero es justo? ¿No es éste un criterio más que provinciano? ¿Será que el escritor tiene la capacidad de borrar todos sus prejuicios para no recibir la condena de lectores chatos? ¿Será que el escritor no es un ser humano falible, sino un dechado de virtudes suprahumanas? ¿Será que la literatura debe ser edulcorada para no molestar a nadie? ¿Será así?

Yo rezo para que no se cierren los horizontes y la corrección política no llegue a ser sinónimo de estupidez. El *nihil obstat* sigue presente, aunque las tristes injusticias crezcan en los ámbitos del mundo real y la información que nos llega —pese a la tecnología— nos aleje de su aprehensión veraz. Además, surge la pregunta: ¿dónde están esos jueces verdaderamente sabios para dictar los fallos? Me es importante señalar que abogo por no coartar la libertad literaria, y no por el uso de la palabra —escrita en este caso— en apoyo a prejuicios de cualquier índole. Escritura y lectura son caminos anchos que deben recorrerse sin los tropiezos reductores de un código que ahí parece ejercerse con denuedo. Porque la mirada que observa el acontecer de los personajes del mundo real suele, con harta frecuencia, cerrar los ojos en una complicidad condescendiente y mucho más perversa. Tal vez siga siendo más fácil quemar un libro que perder una prebenda.

Monterrey,
septiembre 18 de 1997.